Imágenes de ayer

Antonio Fraile Cuéllar

Imágenes de ayer

Antonio Fraile Cuéllar

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
©Antonio Fraile Cuéllar, 2024

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-19970-92-3
IBIC: FH
DEPÓSITO LEGAL: M-6375-2024

Aquella chica universitaria, de figura esbelta y mirada tranquila que dedicaba su trabajo a otras actividades, bien, pero que muy bien disimuladas, causaba admiración a Louis Allegretti. Su pasado y su trabajo en aquel sitio del polígono de San Cristóbal eran aspectos que no le interesaban, prefería desconocerlos, abandonarlos en su cerebro.

En cuanto a su verdadero nombre, el compromiso adquirido cuando se conocieron era sencillo: «Ante nada, ni ante nadie, debería pronunciarlo —ni siquiera en esta obra—», pensó. Claro que, tampoco él era escritor; sí bueno, había escrito un texto corto que le costó lo suyo que se lo publicasen; aunque tampoco

era italiano ni se llamaba Louis Allegretti, se llamaba Paco y era natural de Valladolid.

Habían decidido viajar a Galicia y visitar Santiago de Compostela, ciudad que Susana no conocía, y acordaron hacerlo en coche alquilado. Para ello, Louis se pondría en contacto con la compañía Avis.

1. A las diez de la mañana Louis estacionaba el Audi A3 en el sitio acordado, en el aparcamiento de la gasolinera de Carrefour, al lado de la cafetería. Antes de bajarse revisó la carpeta con la documentación del vehículo, aunque en Avis se lo habían explicado todo con detalle. «Si tenía alguna duda debía llamar a la compañía. Si tenían algún tipo de percance, lo primero era llamar a la compañía. Incluso podían entregar el vehículo en cualquier ciudad, y regresar por otro medio de transporte».

Susana se tomaba una infusión mientras esperaba en la barra de la cafetería, a la vez que reflexionaba: Era el primer viaje que hacían juntos, él era diferente a los hombres que había conocido, le encontraba atractivo; no era más alto que ella, pero eso no le importaba. Se sentía a gusto. Algo le decía que podía confiar en él. Y quería hacerlo.

—Hola, buenos días ¿qué tal?

—Bien todo. Buenos días —dijo ella también, inclinándose para recibir un beso en la mejilla.

—Revisé la documentación del coche y parece que todo está conforme.

—¡Ajá! Ya lo vi desde aquí ¿tomarás algo? o, mejor en ruta.

—Yo creo que mejor en ruta. ¿Al baño? —preguntó él.

—No, más tarde, cuando paremos.

—Antes que nada ¿el niño?

—Bien, todo bien, sin problemas. Mi amiga Virginia, que tiene unos días de vacaciones, se ocupará de él. Sabes que con Virginia no hay problema. Además, cuando falto algún día suelo tener algún detalle, ella nunca quiere. Las otras chicas del piso no son así. No me fío ni un pelo. Hay verdadera envidia entre ellas, son capaces de todo; aunque llevándote bien no pasa nada... Pero claro, nunca se sabe.

Susana estaba radiante. Vestía pantalón vaquero de marca, camisa escotada y, sobre los hombros, un suéter ligero, de color amarillo que no paraba de mover de un lado para otro. Unas gafas Rayban medio disimulaban la pequeña cicatriz que tenía en la frente.

—¿Nos vamos ya? En hora y media estaremos en Puebla de Sanabria.

—Cuando tú quieras.

Louis abonó la consumición, tomó el bolso de loneta para dirigirse al aparcamiento

y, haciendo como que se lo entregaba, deliberadamente le apretó su mano: una mano cálida, blanca, sudorosa, con las uñas recortadas, un poco mordidas. A él le gustaban.

Fuera de la cafetería, con disimulo, se colocó detrás para observar su cuerpo que contoneaba endiabladamente. El sol de mañana de Valladolid reflejaba en el apresto de la tela de su pantalón vaquero roto, que hacía fácilmente imaginar el calor de sus interiores.

«Estaba perfecta», pensó.

—Me gusta el coche. Efectivamente es como dijiste —aseveró gustosa.

—Sí, está impecable, está muy bien.

Louis colocó el bolso de viaje en el maletero y, sin perder de vista sus formas, le abrió la puerta del vehículo y se instaló en el asiento del conductor.

—Por cierto —dijo después de acomodarse—: no te comenté que la editorial Negundo ha puesto a la venta una de mis

obras, un texto corto inspirado en el sur de la India, su título… *Los colores de Kerala.*

—¿Ah, sí...? No me habías dicho. ¡Como siempre dices que no publicas nada!

—Me lo comunicaron hace dos días: «Don Louis Allegretti, le llamo del servicio de publicaciones de la editorial Negundo para comunicarle que su última obra, ya está publicada y a la venta. Enhorabuena». La verdad fue una sorpresa que no esperaba. Ya han pasado más de dos años desde que me admitieron el manuscrito.

—Pues qué bien ¿no? ¿Interesante el libro?

—Pues... no. Quiero decir que, no mucho. Pero decidí publicarlo. No fue fácil. Me cuesta decidirme a publicar. Soy un mal escritor, soy egoísta. No quiero perder lo mío. Quiero a los personajes que me son fieles y, cuando uno me la juega, lo desprecio y me

olvido para siempre de él en el resto de las páginas.

Susana se veía retratada en la doble lectura de sus palabras. No sabía si hablaba de la vida real, o de personajes creados en sus novelas: eran sus verdades solo a medias.

Tomaron la salida de la A-5. Susana empezó a sintonizar distintas emisoras en la radio, buscó las musicales:

—¿Qué prefieres música o noticias?

—Mejor, tu mirada.

—Vale, pero no corras.

En la estación de servicio La Zamorana, pararon para repostar. La Oreja de Van Gogh interpretaba en directo una de sus últimas creaciones:

Geografía.

Susana conocía la canción. Era una entusiasta de La Oreja de Van Gogh. Subió el volumen de la radio.

—¡Uauh! Es mi música. ¡Me encanta! —exclamó con entusiasmo—. Escucha la letra.

Me gustaría inventar un país contigo
por qué no me das la mano y nos cogemos este barco
celebrando con un beso que hoy es hoy...

—Mientras pones gasolina me voy al baño —dijo cuando terminó la canción.

Louis se aproximó al surtidor, ella salió del coche tarareando la canción y moviendo sus caderas tan rítmicamente que hizo que al empleado de la estación de servicio le temblaran las manos: no acertaba ni para retirar el tapón del depósito de combustible.

—Hola, buenas ¿cuánto ponemos?

—Lleno, por favor.

El empleado consiguió colocar el tapón en su sitio.

—Es muy alegre su esposa —opinó.

—Sí, lo es ¿me cobra?

—En caja, por favor. Buen viaje.

Aparcó el coche y entró en la cafetería. En la barra Susana continuaba tarareando el estribillo de la canción.

—Me chifla. Debería ser nuestra canción.

—Es cierto. No estaría nada mal. ¿Te apetece tomar una tostada?

—¡Uy, no! Una tostada con mantequilla son casi 100 calorías. Y de lo que vemos en la barra, menos aún: una ración de churros son 250 calorías, de tortilla 200 calorías, cada empanadilla 100 calorías... Mejor una infusión.

—Vale. Una infusión de hierbas y un café —concretaron.

«Era todo un tratado de Ciencias de la Nutrición», se dijo Louis que, sorprendido de sus conocimientos energéticos, le preguntó:

—Y yo ¿cuántas calorías crees que tengo?

—¡Aaay, «mí estufita!». Veamos, veamos —dijo cogiéndole la mano—. Sólo frigorías —indicó pasados unos segundos, y añadió—: el calor específico aparente de mi escritor, varía con la presión exterior y también con la temperatura.

—¿Quéééé?

—Sí, frigorías.

Ambos quedaron mirándose y soltaron una carcajada a la vez. Miedo le daba a Louis que empezase con explicaciones sobre las adiabáticas. O con el ciclo de Carnot. Cualquier cosa en ella, era totalmente impredecible.

Durante el viaje:

—Louis, y a ti ¿te gustan los deportes, el fútbol? Sabes que en mi país somos muy aficionados al futbol.

—No, no me gusta el fútbol. El golf me apasiona, en el golf el jugador juega contra el campo. Un día iremos a practicar.

—Si Dios quiere —añadió ella.

—Sí, si Dios quiere. ¿Y tú, practicas algún deporte?

—Sí, *footing*, cada tres días. Hago *footing*.

—¡Ah, mira! ¿Dónde?

—No sé.

—¡Ya empezamos! Y ¿con quién lo practicas?

—Últimamente con un chico que me acompaña siempre, está siempre conmigo; o yo con él, según se mire. Le escribo poemas... No quiero hacerle daño. Es un caballero.

—Y ¿qué tal con él? —sonriendo felizmente Louis.

—Bueeeno, digamos que, me gusta… un poco —dijo suspirando—. Le conocí en mi trabajo. Me enrolló de mala manera. Yo no quería, pero... Es ingeniero, bueno y escritor.

—¿Y él?

—Está loquito por mí. Aunque tampoco nos complicamos la vida. Nunca hablamos

de nuestro futuro. Él está conmigo y yo con él, sin más. De momento quiero disfrutar porque me siento bien a su lado.

—¡Ah!, pues mira qué bien ¿es romántico?

—No lo sé muy bien, creo que no, es cariñoso, es culto, algo mentirosillo, un poquito ingenuo. Un poco más bajito que yo. Creo que no le gusta que se lo diga.

—¿Lo de bajito?

—Sí, no le gusta.

—Y ¿aparte del *footing*?

—Nada, el resto de mi tiempo libre recojo hierbas aromáticas por el campo.

«No sería mala idea acompañarla para recoger plantas, aunque antes, debería desempolvar el Bonnier».

—Conozco un montón de ellas: *las rosmarinus, las thimus, las lavándulas*... Me las enseñó un amigo veterinario.

—Y ¿para qué las usas?

—Unas para hacer infusiones. Otras, los *rosmarinus* por ejemplo, para hacer agua de romero y lavarme el pelo, por eso lo tengo tan espeso.

—¡Ah!, claro. Ya noté una vez lo aromático que tenías...

—Imbééécil —dijo apartándole la mano de entre las piernas.

Susana, durante unos instantes observó a Louis. Él intuyó que algo iba a decir.

Y lo dijo:

—¿Me dejas hacerte solo una pregunta?

—Claro. ¿Pues? —dijo fingiendo naturalidad.

—¿Te apuesto lo que quieras, a que no te llamas como dices?

—¿Cómo? —inquirió, haciéndose el sorprendido—. Toma mi cartera, está en la guantera, allí está mi DNI. Si quieres…

Louis hizo un gesto, llevando la mano hacia la guantera como para abrirla. De sobra

sabía él que en la guantera no estaba su cartera, la llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

—No, no es necesario —negó ella sonriendo y tratando de impedir que Louis abriese la guantera—. Tampoco lo quiero saber, me estoy acostumbrando a que te llames «Louis, el escritor». No quiero pensar en ninguna otra cosa...

A la vez que le miraba, de nuevo canturreó el estribillo de la canción.

—¿Recuerdas la canción? —repítemela, *porfa*. Los dos:

Me gustaría inventar un país contigo
Por qué no me das la mano
y nos cogemos este barco
celebrando con un beso que hoy es hoy…

—Conoces la canción *Si nos dejan*. Es un bolero. Va para ti —dijo Louis.

Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida
Si nos dejan, nos vamos
a vivir a un mundo nuevo
Yo creo que podemos ver
el nuevo amanecer de un nuevo día
Yo creo que tú y yo podemos ser felices todavía...

—¡Preciosa! Cantas muy bien. Otra.

—No, luego, cuando paremos. Y vayamos al baño. Los dos.

—¿Siempre estás pensando en eso...? ¡Aaay! ¡Mi escritor! ¡Mira que eres!

—Ya te dije —cortó muy serio—, que los escritores no somos de nadie, solo somos de nuestros personajes, y los personajes son de nuestros folios, de nuestro Word.

—Pero…, con ese planteamiento, esa chica que conoces, podría ser uno de tus personajes —dijo con voz cantarina.

—¿Tú, dices? Estoy seguro de que serías un personaje bello, fiel al autor, curioso, con doble lectura.

—Me gusta lo que dices. Prueba ¿querrás escribirlo?

—Tal vez.

—¿Me lo dejarías leer?

Louis hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pues, no. Mejor te lo contaría, aunque no todo. El personaje podría decepcionarte. Todos los personajes que se crean son un tanto ficticios, como las situaciones, los escenarios, los paisajes. El autor vive permanentemente con los personajes, se acuesta y se levanta con ellos, toma café con ellos… Un escritor amigo mío decía que es necesario conocer hasta el número que calzan los